

## Descubrimiento del Tesoro de Guarrazar

En la tarde del 24 de agosto de 1858, después de haber ocurrido una gran tormenta que había arrastrado las tierras, acertaron a entrar en las Huertas de Guarrazar un matrimonio formado por María Pérez y Francisco Morales, naturales de Guadamur, que al detenerse en el lugar descubrieron en una antigua tumba, un pequeño nicho que albergaba una buena colección de coronas, cruces de oro y otros objetos litúrgicos. Trasladadas secretamente a su domicilio estas preseas, las escondieron hasta decidir qué podían hacer con tanto oro. En todas estas maniobras fueron observados por Domingo de la Cruz, vecino también de la villa, que poseía una huerta en las proximidades. Intrigado por la nocturnidad con que obraron éstos, se acercó al día siguiente a aquel lugar, encontrando junto a la fosa vacía una nueva, todavía intacta, que el anterior matrimonio, cegado por tanta riqueza, no acertó a descubrir. Recuperó de ésta un buen número de piezas áureas y también temeroso, corrió a ocultarlas a su casa en sendas tinajas de barro, sin saber qué partido tomar.

La presencia de tales joyas, pertenecientes a la cultura visigoda, enterradas como si de una persona se tratase en un cementerio visigodo, se explica por el temor del clero y la nobleza toledana a que fuesen robadas por los árabes, de los templos en donde votivamente estaban expuestas, creyendo que la presencia de las huestes de Tarik podía ser pasajera. Mejor acierto tuvieron aquéllos, —quizás los partidarios de D. Rodrigo—, que acordaron huir con sus joyas y las de la corte a las montañas asturianas.

Mal acuerdo tuvieron los primeros descubridores María y Francisco, quienes malvendieron a los joyeros toledanos bastantes trozos de coronas, objetos de culto litúrgico de oro y bastantes esmeraldas y piedras de las coronas.

Enterado del hallazgo D. Aldolfo Herouart Chivot, profesor de francés del Colegio de Infantería de Toledo, sito entonces en el

Hospital de Santa Cruz, participó desde este momento de manera muy activa en la enajenación de las coronas de tan fastuoso tesoro. Distinta forma de enterarse del descubrimiento, tuvo otra persona, que jugaría un importantísimo papel en las posteriores operaciones. Se trataba de un emérito diamantista de la corte, retirado en Toledo, en su villa junto al río, D. José Navarro, gran conocedor de las antiguas artes preciosas, ya que había restaurado el Disco de Teodosio, de época romana, encontrado en Almendralejo y había confeccionado de nueva obra una corona para la reina Isabel II. D. José intuyó el valor arqueológico de los fragmentos que primeramente encontró en las joyerías y puesto en contacto con el anterior, sirvió de socio y mano experta en la compra en Guadamur, restauración y posterior venta en Francia de las coronas.

El primer paso que efectuó el profesor francés, fue la compra de la huerta donde había sido descubierto el tesoro, para descartar posteriores reclamaciones del dueño del terreno y efectuar sondeos en busca de nuevas alhajas. Efectuó rápidamente la compra del terreno, llegando a un acuerdo con Marcos Hernández vecino de Toledo, por ofrecerle el triple de lo que era su valor rústico y no saber el propietario que, tales preseas, habían sido descubiertas en su propiedad.

Una vez dueño del terreno y junto con los descubridores, efectuaron excavaciones en el lugar con el pretexto de construir allí una villa de recreo, sirviendo además de coartada para cuando la aparición de las coronas saliese a luz pública.

La sociedad entre Herouart y Navarro, como hemos dicho, dio como fruto la compra de las coronas que aún poseían Francisco y María en Guadamur y la restauración de los trozos que pudo recuperar el diamantista en las joyerías de Toledo. Con las nueve coronas que pudieron recuperar pasaron a Francia para venderlas al Ministro de Estado francés por la cantidad de 100.000 francos franceses, pasando a figurar desde entonces en el Museo de Cluny de París.

Enterados en España de tan importante descubrimiento por la prensa francesa, se iniciaron los trámites para su regreso a España, no consiguiéndose, nada más que lisonjeras promesas. También se efectuaron excavaciones oficiales (abril de 1859) en las